

EL BARCO DE VAPOR



Lauren Oliver

Las hilántulas



Título original: *The Spindlers*

Dirección editorial: Elsa Aguiar
Coordinación editorial: Gabriel Brandariz
Ilustración de cubierta: Iacopo Bruno
Traducción: Alexandre Casal Vázquez

© Lauren Oliver, 2013
© Ediciones SM, 2013
Impresores, 2
Urbanización Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323
Fax: 902 241 222
e-mail: clientes@grupo-sm.com

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

A Patrick, claro...

*Y a mi hermana, que tantas veces
me ha rescatado de la oscuridad
y con quien iría gustosamente Abajo.*

Capítulo 1

PATRICK

El impostor y las palabras en los cereales

UNA NOCHE, cuando Liza se fue a la cama, su hermano pequeño era Patrick, un niño bajito y regordete, gran comedor de chucherías y dulces, e irritante y gracioso a partes iguales. Sin embargo, al despertar, había dejado de serlo.

Liza no sabía por qué. Patrick parecía el mismo, vestía el mismo pijama de marcianitos, le salía por el agujero de los calcetines rojos el mismo dedo gordo del pie izquierdo, y había bajado por la escalera exactamente igual que siempre: pum, pum, pum, resbalando sentado, de escalón en escalón.

Pero no era el mismo.

En realidad era muy, muy diferente.

Había algo en su mirada. Era como si alguien se le hubiese metido detrás de los ojos y le hubiese arrebatado la chispa. Caminó en silencio –demasiado en silencio– hasta la mesa, se sentó en la silla y se puso la servilleta en el regazo.

El verdadero Patrick jamás utilizaba servilleta.

Nadie parecía darse cuenta. La señora Elston, la madre de Liza, continuó revisando las facturas que se apilaban sobre la mesa de la cocina y expresando su contrariedad a base de frecuentes gruñidos. Con la corbata desanudada y un solo calcetín en los pies, el padre de Liza siguió con sus idas y venidas, murmurando distraídamente.

El falso Patrick levantó la cuchara y le lanzó una mirada a Liza que la dejó helada hasta el espinazo.

Luego comenzó a comer sus cereales con gestos lentos y metódicos, o por lo menos a ir eligiendo cada uno de los trozos de cereal según la letra que formaban y a alinearlos sobre el borde del plato.

A Liza le dio un vuelco el corazón. En ese momento supo qué había ocurrido, y lo supo con la misma certeza con que sabía que el cielo está arriba y el suelo abajo, y que si te pones a girar sobre ti mismo a bastante velocidad y luego te quedas parado, el mundo que te rodea continúa dando vueltas.

Patrick había perdido el alma: se la habían llevado las hilántulas. Y en su lugar habían dejado aquella cosa, aquel falso hermano pequeño.

–Mamá –dijo Liza, y al ver que su madre no respondía, alzó la voz y volvió a intentarlo–. ¡Mamá!

–¿Mmm? –musitó la señora Elston. Miró a su hija de soslayo con la misma expresión con la que, hacía unos días, había estudiado el manual de montaje de la «mesa auxiliar de caoba», la misma que había tenido

que devolver tras descubrirse incapaz de atornillar las patas.

–Patrick está raro –informó Liza.

La señora Elston se la quedó mirando sin expresión. Luego, se dio la vuelta de pronto y se dirigió a su esposo.

–¿Llegaste a pagar la factura de la electricidad?

El señor Elston parecía no haberla oído.

–¿Has visto mis gafas? –preguntó, levantando el bol de la fruta para mirar debajo.

–Las tienes en la cabeza.

–No me refiero a esas. Las de leer.

La señora Elston suspiró.

–Aquí dice que es el último aviso. Pero no recuerdo ningún primer aviso. ¿No habíamos pagado ya la factura de la luz? Habría jurado que...

–¡No puedo ir a trabajar sin gafas! –el señor Elston abrió la nevera, observó sus contenidos, la cerró y salió de la cocina con pasos rápidos.

Al otro lado de la mesa, el falso Patrick comenzó a ordenar las letras de cereal sobre el borde del plato. Compuso la frase OS ODIO. Después, entrecruzó las manos y le clavó a su hermana una mirada vacía, en la que el negro de las pupilas se había comido todo lo demás.

Liza volvió a estremecerse. Se levantó y se acercó a su madre. Le tiró de la manga de la bata, que tenía una mancha de café en la zona del codo.

–Mamá.

–Dime, princesa –respondió su madre, distraída.

–Patrick me está asustando.

–Patrick –dijo la señora Elston sin levantar la vista de su libreta, en la que estaba haciendo cálculos–, deja de molestar a tu hermana.

Esto es lo que el verdadero Patrick habría hecho: habría sacado la lengua, le habría lanzado a su hermana la servilleta para vengarse o habría dicho: «Tú sí que me asustas con esa cara».

Pero el impostor no hizo nada de eso. El impostor se limitó a mirar a Liza en silencio, sonriendo. Tenía unos dientes muy blancos.

–Mamá... –insistió Liza.

Su madre suspiró y arrojó el lápiz con tanta fuerza que lo hizo rebotar contra la mesa.

–Liza, por favor –protestó con evidente impaciencia–. ¿No ves que estoy ocupada? ¿Por qué no sales a jugar un rato?

Liza sabía que cuando su madre estaba de aquel humor, lo mejor era no discutir. Así que salió. Hacía una mañana de bruma y calor, demasiado calor para finales de abril. Liza esperaba encontrarse con algún vecino haciendo algo, regando las plantas o paseando al perro. Pero no había nadie. Casi nunca veía a los vecinos. No era esa clase de barrio. Ni siquiera conocía los nombres; solo el de la señora Costenblatt, tan vieja que era la viva imagen de una uva pasa.

Como casi siempre, la señora Costenblatt estaba sentada en su porche, meciéndose y abanicándose con

uno de esos menús de comida china que a menudo, misteriosa, invisible y nocturnamente, aparecían en las puertas de las casas.

–Hola –le dijo a Liza saludándola con la mano.

–Hola –respondió Liza. La señora Costenblatt le caía bien, y eso que no se podía contar con ella para nada interesante: apenas se movía más que para balancearse en la mecedora.

–¿Te apetece un vaso de limonada? –exclamó la señora Costenblatt–. ¿O una galleta?

Le ofrecía una limonada o una galleta cada vez que se veían, excepto en invierno, en cuyo caso sustituía la limonada por un chocolate caliente. Le gustaba estar en la mecedora incluso cuando hacía frío, y entonces se instalaba en el porche envuelta en tal cantidad de mantas y bufandas que parecía un perchero atiborrado.

–Hoy no, gracias –contestó Liza, como siempre, con pesar. Sus padres no le permitían aceptar cosas de comer o beber de personas ajenas a la familia. Ella hubiera preferido aplicar esa norma a los miembros de la familia. Seguro que las galletas de la señora Costenblatt eran bastante mejores que el atún a la cazuela de su tía Virginia.

Liza pensó en contarle lo de Patrick a la señora Costenblatt, pero se abstuvo. Hacía dos semanas, en el recreo, le había hablado a Christina Millicent y a Emma Wong sobre las hilántulas y lo peligrosas que eran, pero ellas se habían reído y la habían llamado mentirosa. La señora Costenblatt sabía escuchar –entre otras

cosas, según Liza, porque era dura de oído—, pero mejor no correr el riesgo.

Solo había una cosa que Liza aborreciese más que las personas mentirosas, y era que la considerasen a ella como tal.

En el borde del jardín había unas piñas cuidadosamente amontonadas. Liza las había colocado así el día anterior, creyendo que a Patrick le apetecería jugar con ellas a los bolos por la mañana. Pero, claro, imposible jugar con el falso Patrick. Seguro que haría trampas.

De pronto, a Liza la asaltó un deseo muy fuerte de que Anna, la antigua niñera, estuviese de nuevo en casa. Ella sí jugaría a los bolos con las piñas. De hecho, había sido idea suya.

El año anterior, Anna se había ido a estudiar a la universidad, lo que implicaba que ya no podría hacer de niñera y que Liza y Patrick quedaban bajo el cuidado de Mandy, una chica que mascaba chicle ruidosamente a todas horas y no quería saber nada de jugar; es más, no quería saber nada de todo lo que no fuese hablar por teléfono. Anna se había quedado con ellos varias veces durante las Navidades, pero en las vacaciones de primavera se había ido con sus amigos. Liza y Patrick habían recibido una postal suya arrugada y emborronada por la humedad. Ilegible.

Además de aquella postal, que había mandado desde la playa, había enviado dos cartas desde la universidad, y también una sudadera con un oso de aspecto muy fiero impreso en la parte delantera. Según explicaba en

una nota adjunta, el oso era la mascota de su facultad. Patrick había llorado a mares al descubrir que la sudadera era de la talla de Liza, y esta había terminado por dejársela. Sin embargo, la había manchado de tomate nada más ponérsela, y Liza había estado un día entero sin dirigirle la palabra.

Liza sabía que era ridículo, pero a veces soñaba con que Anna regresaba y le contaba su secreto más íntimo: que en realidad los tres eran hermanos, pero que una fatalidad del destino los había separado y enviado a familias diferentes.

Llegadas a aquel punto, las fantasías de Liza se volvían vagas, pero, de algún modo, Anna, Patrick y ella terminaban haciendo un largo viaje en busca de aquellas criaturas mágicas de las que Anna siempre les hablaba, tales como los gnomos o las nínfides (bellas pero de mal carácter).

Liza suspiró. Anna habría sabido qué hacer respecto a las hilántulas. Después de todo, era la única persona que les había hablado de ellas a Liza y Patrick, recomendándoles que se cuidaran de aquellos extraños seres arácnidos y explicándoles cómo protegerse.

Liza escudriñó el jardín en busca de gnomos, pero no vio ninguno. Hacía tan solo una semana, Patrick, el Patrick auténtico, había avistado uno escondiéndose en un rododendro.

—¡Liza, mira! —había gritado, y ella se había dado la vuelta a tiempo de ver una piel endurecida y oscura, tan agrietada y curtida como un bolso de cuero.

Liza pensó que hacía un día demasiado caluroso para los gnomos (Anna le había explicado que preferían climas más frescos). A continuación, hundió la cara entre las ramas del abeto que se levantaba junto al bebedero de los pájaros y respiró hondo. Aquello la ayudaba a percibir la magia.

Mientras notaba cómo las agujas del árbol se le clavaban en la piel, forzó la vista para distinguir algo a través de la masa de verdor. Observar el mundo desde el abeto significaba fijarse en lo esencial: el verde intenso de la hierba, el rocío titilando sobre ella, un petirrojo sacudiendo la cola o una ardilla revolviéndose bajo el rododendro. El milagro de la vida siempre creciendo, siempre palpitando bajo lo corriente.

Y, desde luego, solo mirando a través del árbol podía pedir un deseo y que este se cumpliera. Eso también se lo había contado Anna.

Liza formuló su deseo con un hilo de voz, hablándole a las ramas. No lo revelaremos. Todo el mundo sabe que solo se cumplen los deseos que se mantienen en secreto. Pero sabed que el deseo tenía que ver con Patrick.

Liza oyó pasos. Se volvió y vio al Patrick de pega en el porche delantero, mirándola. Inspiró una bocanada de aire para reunir valor y dijo:

–Tú no eres mi hermano.

El anti-Patrick la estudió con aquellos ojos azules e inexpresivos.

–Sí lo soy –afirmó con calma.

–No lo eres.

–Que sí.

–Demuéstralo –le exigió Anna cruzándose de brazos, y se puso a pensar en una pregunta cuya respuesta solo pudiera conocer el verdadero Patrick. Estuvo un rato en silencio. Al fin preguntó–: Imagínate que estás jugando al escondite en un día de lluvia. ¿Cuál sería el mejor lugar para ocultarse?

–Detrás de la estantería del sótano –contestó el anti-Patrick automáticamente–. En el hueco de la pared, el que huele a moho.

Liza se sintió decepcionada. El falso Patrick había resultado más listo de lo que cabía esperar; de hecho, más listo que el verdadero Patrick (lo cual no era mucho decir, ya que hacía solo una semana que el Patrick genuino había intentado convertir el sótano en una piscina ¡dejando un grifo abierto! Absurdo). A lo mejor debía pensar en una pregunta más difícil...

–¿Qué hay que hacer todas las noches antes de acostarse? –inquirió Liza, examinando al anti-Patrick para percibir cualquier titubeo o deje sospechoso en su respuesta.

Pero él respondió sin dudarle, trazándose una gran equis en el pecho.

–Tienes que hacer esta señal una vez, del hombro a la cadera, y decir: «Ven aquí rápido, ahora, tráeme el sueño sin demora y barre de mi cuarto las telarañas con tu escoba».

Liza se quedó estupefacta. Estaba convencida, absolutamente segura, de que la pregunta dejaría patidi-

fuso al falso Patrick; pero este había dado la respuesta correcta y la estaba mirando con expresión triunfal. Al descubrir la existencia de las hilántulas, Anna había inventado aquellos versos que servían para conciliar el sueño y evitar a aquellas criaturas. Todo el mundo sabe que no hay nada que las arañas teman más que una escoba. Bueno, sí: una persona barriendo con ella. El hechizo de la escoba los había protegido durante años.

Patrick, el Patrick verdadero, debía de haber olvidado pronunciar el hechizo de la escoba la noche anterior, antes de dormir. Liza y él habían estado riñendo: Patrick la acusaba de haberle robado sus calcetines favoritos, los azules con tortugas bordadas... ¡Como si ella fuese a ponerse algo tan ridículo! Ella, a su vez, le había dicho que estaba paranoico. Como Patrick no sabía qué significaba aquello, había corrido a su cuarto y se había encerrado dando un portazo.

Estaba distraído, por eso no había recitado el hechizo. Liza se sintió mal. Había sido culpa suya; al menos, en parte.

Y entonces las hilántulas habían aprovechado para atacar: se habrían desprendido del techo colgadas de sus centelleantes telarañas de sombra, le habrían introducido en los oídos sus sedosos hilos y le habrían extraído el alma lentamente, como un pescador cauteloso que sacase del agua una trucha tirando del sedal de nailon. Habrían depositado sus huevos en el hueco resultante y después se habrían retirado a sus sombríos rincones y a sus madrigueras subterráneas, llevando

consigo el alma de Patrick envuelta en hilo plateado. Y la carcasa sin alma se levantaría al día siguiente, y caminaría y hablaría igual que el anti-Patrick caminaba y hablaba ahora.

Sin embargo, llegaría el momento en que la carcasa sin alma se desmoronaría hasta quedar convertida en polvo, y entonces verían la luz un millar de hilántulas ya criadas y crecidas, como un lagarto saliendo del huevo. Y sus padres, afligidos, se levantarían creyendo que sus hijos habían sido raptados durante la noche y, lacrimosos, saldrían en televisión pidiendo que se los devolvieran sanos y salvos, sin saber que todo era obra de las hilántulas.

Liza notó una tirantez en la garganta.

–¿Lo ves? –cacareó el anti-Patrick–. Ya lo decía yo. Soy tu hermano.

De pronto, Liza tuvo una idea.

–Ven aquí –le dijo al anti-Patrick, y a pesar de que le repugnase la proximidad de aquel suplantador, de aquella cosa acartonada y fría, se obligó a mantenerse firme mientras se le acercaba.

De repente, se abalanzó sobre él y empezó a hacerle cosquillas en la barriga.

El Patrick verdadero tenía muchas cosquillas. Se habría deshecho en risotadas, habría intentado zafarse de Liza y le habría suplicado clemencia. Liza adoraba el sonido de la risa de su hermano. Era una sucesión de estallidos cortos y torpes, como si descubriese lo que era la risa cada vez que se reía.

Pero aquel Patrick se quedó quieto, mirándola sin entusiasmo.

–¿Qué haces? –preguntó.

Liza se apartó. La asaltó la misma sensación que había tenido hacía varios años, cuando en el columpio del patio del colegio había subido demasiado alto y demasiado aprisa, y el suelo a sus pies se había inclinado sobremanera: una sensación de triunfo, pero también de terror. Estaba claro: aquel no era su Patrick. Y eso implicaba que el Patrick auténtico estaba envuelto en hilo plateado, oculto bajo tierra, y que en las entrañas del anti-Patrick habían anidado extrañas criaturas.

Liza se irguió todo lo larga que era; es decir, un metro y treinta centímetros.

–No me das miedo –le espetó al anti-Patrick, pero en realidad se refería más bien a todas aquellas crías de hilántula que dormían con sus blandos huevos en algún lugar de su cuerpo. Además, claro que tenía miedo. Nunca en su vida había tenido tanto miedo–. Encontraré a mi verdadero hermano y lo rescataré.

Y entonces se dio media vuelta y echó a andar hacia la casa, para que el anti-Patrick y los monstruos diminutos que llevaba en su interior no advirtiesen que estaba temblando.

Capítulo 2

LA SEÑORA ELSTON

Varias falsedades y un palo de escoba

LIZA estuvo buena parte de la tarde intentando recordar lo que Anna le había contado sobre las hilántulas. Se le ocurrió preguntarle a su madre si todavía guardaba el número de teléfono de Anna, pero rechazó la idea en el último instante. ¿Y si Anna estaba haciendo algo importante y se enfadaba cuando la llamase? O peor aún, ¿y si ni siquiera se acordaba de ella?

Liza optó por abrir una libreta y hacer en ella una pequeña lista: «Todo lo que sé sobre las hilántulas y sus costumbres».

Las hilántulas no eran arañas corrientes. Tenían ocho patas, por supuesto, pero en el extremo de cada una de ellas contaban con una mano humana. Poseían tan solo dos ojos, como las personas, aunque se trataba de unos ojos enormes, en forma de media luna, con los que veían a la perfección incluso en la noches más oscuras. Además, aunque las hubiese tan pequeñas como la cabeza de un alfiler, tenían la capacidad de hincharse

hasta alcanzar el tamaño de un gato e incluso más, y las mayores, el de un coche. Y en sus bocas, de grandes mandíbulas, se alineaban cien dientes afilados como sables.

Liza no sabía qué hacían las hilántulas con las almas que robaban. Anna había afirmado que tampoco ella lo sabía, aunque Liza nunca había llegado a creérselo. Cuando se las mencionaba, Anna palidecía como si alguien le hubiese pinchado la barbilla para robarle el color del rostro.

Lo que sí sabía Liza era que las hilántulas eran prácticamente indestructibles. Ni una escoba podía con ellas.

De hecho, ignoraba cómo matarlas. Ni siquiera si era posible.

Y eso la asustaba.

Al caer la noche, se lavó la cara, se puso el pijama y se cepilló los dientes procurando mantenerse a la mayor distancia posible del anti-Patrick, que, sumiso, se cepillaba los dientes a su lado (otra cosa más que el Patrick de verdad jamás habría hecho, pues odiaba cepillarse los dientes y utilizaba todos los trucos posibles para librarse de hacerlo).

—¿Me cuentas un cuento? —preguntó el anti-Patrick tal y como habría hecho el auténtico Patrick, después de que ambos hubiesen dejado los cepillos en su sitio, uno al lado del otro. Liza había colocado el suyo con las cerdas hacia afuera, para que no se tocasen.